

vando sus males, bien que con cortos intervalos de alivio ó mejoría, en los cuales aun recibía despachos y dictaba providencias, hasta el 10 de setiembre, en que dando su paseo de costumbre en Villa-Patriei sintióse tan indispuerto que hubo que retirarle de prisa á su palacio. Continuó agravándose hasta el 21, en que recibió con ejemplar religiosidad los sacramentos de la Iglesia, y la mañana del 22 (setiembre 1774) pasó á mejor vida á los 69 años de edad, y á los cinco de un pontificado inquieto y afanoso <sup>(1)</sup>.

A su vez los enemigos de los jesuitas supusieron para acabar de desacreditar á estos religiosos, que la muerte de este pontífice habia sido producida por un envenenamiento de que no vacilaron en hacerlos autores. Estamos convencidos de que semejante imputacion

(1) Los mismos que le pintan como loco y fuera de sí desde que firmó el breve, confiesan que vivió y murió ejemplarmente. «En aquel momento supremo, dice uno de ellos, recobró la plenitud de su inteligencia, y espiró santamente, como siempre habria vivido, si no hubiera puesto un deseo de iniquidad entre su ambicion y el trono.»

Peró este escritor atribuye tan cristiana muerte á un hecho cuya apreciación dejamos al buen juicio de nuestros lectores. Dice que consta en el proceso de canonización de San Alfonso Ligorio, que hallándose este obispo en Arienzo, le acometió el 21 de setiembre una especie de ataque de epilepsia, de cuyas resultas estuvo dos dias inmóvil y cómo

en profundo sueño, y cuando despertó preguntó á sus sirvientes: «¿Qué hay de nuevo?»—Y ellos le contestaron: «Lo que hay, señor, es que hace dos dias que ni hablais, ni comeis, ni habeis dado hasta ahora señales de vida.»—A lo que él repuso: «Pues sabed que no he estado dormido, sino que he ido á asistir en sus últimos momentos al papa, que ya ha muerto á estas horas.» Es decir que Dios envió el espíritu de San Alfonso Ligorio, mientras su cuerpo permanecía inmóvil en Arienzo, para que fuera á dar una buena muerte á Clemente XIV.—«Semejantes especies, dice á este propósito con razon un historiador de nuestros dias, no caben dentro de la historia.»

fué una de las invenciones á que desgraciadamente suele apelar con frecuencia el espíritu de partido, y no dudamos en calificar la especie de maliciosa fábula fraguada por los anti-jesuitas, como lo fueron á nuestro juicio las que los amigos y apasionados de éstos fabricaron sobre los remordimientos de que le supusieron atormentado, y los deliquios que dicen le producian. El testimonio de los médicos, uno de ellos del palacio apostólico, que certificaron sobre las causas de su muerte, no deja duda de que ésta fué natural, y disipa toda sospecha de envenenamiento. El cardenal de Bernis, uno de los que con su habitual ligereza contribuyeron mas á propagar este rumor, confesó después no haberlo creído él mismo <sup>(1)</sup>. Y el padre Marzoni, general de los franciscanos, que no se separó del pontífice durante su larga agonía, y á quien dijo haber confiado el moribundo que creia morir emponzoñado, hizo una declaracion escrita y jurada, afirmando no haberle hecho Clemente XIV. semejante confianza.

Influyó en que algunos dieran fé á aquella fábula ó á aquella sospecha la circunstancia de la rápida putrefaccion que sufrió el cadáver del pontífice, en tér-

(1) Asi lo afirma Beccatini, en su *Storia di Pio VI.*—Camerlieri, en la *Storia de' solemni possessi dei Summi Pontifice*, confirma lo que decimos de haber sido la muerte natural.—El conde de Gorani en las *Memorias secretas y críticas de las Cortes y de los gobiernos de Italia*, des-

echa tambien con desden la especie del envenenamiento. Lo mismo hace Artaud de Montor, citando los testimonios del facultativo Nannoni, y de los arcedianos Salicci y Adinolfi, que asistieron al reconocimiento del cadáver.

minos de no haber podido tenerle espuesto los tres días de costumbre. Pero también convienen todos en que hacia en aquellos días en Roma un calor abrasador, y que soplaban un viento meridional que allí es sabido hace tal impresión que disuelve los cadáveres aun embalsamados.

Lo que creemos más cierto, es que aquellos proféticos y lúgubres vaticinios sobre su salud y sobre la proximidad de su muerte, hechos y divulgados con la intención y fin de atormentar su espíritu, las cartas, escritos y libelos que con tal propósito se esparcían, no dejaron de influir en su imaginación, y de inspirarle temores y aprensiones, temores que procuraban desvanecerle las personas que le rodeaban, aconsejándole mirase con absoluto desprecio semejantes ardidés, puestos en juego por sus enemigos con el siniestro designio de mortificarle (4).

El 15 de febrero de 1775 era elevado á la silla pontificia el cardenal Angel Braschi con el nombre de Pio VI.

(4) Poseemos multitud de interesantes documentos relativos, así á la espulsion de la Compañía de los reinos de Portugal, Francia y España, como á la historia de su total estincion por la Santa Sede, con cuya insercion no hemos querido sobrecargar estos capitulos, ya de por sí bastante estensos. Sin embargo, acaso demos á conocer algunos de ellos mas adelante.

## CAPITULO IX.

### ESTADO DE EUROPA.

ISLAS MALUINAS. — MARRUECOS. — ARGEL. —

PORTUGAL.

De 1764 á 1777.

Situacion de la Italia, favorable á los Borbones.—Engrandecimiento de Rusia.—Suecia, Dinamarca, Holanda.—Austria y Prusia.—Memorable repartimiento de la desgraciada Polonia.—Estado interior y exterior de la Francia.—Agitaciones en Inglaterra.—Desacuerdo entre el gobierno británico y los Borbones.—Cuestion de la Luisiana.—Ocupacion de Córcega por los franceses.—Incorporacion de la isla á la corona de Francia.—Origen de la famosa cuestion sobre las islas Maluinas.—Arrojan de ellas los españoles á los ingleses.—Indignacion en la Gran Bretaña.—Temores de guerra.—Opina por ella el conde de Aranda.—Estraño giro que se da á este asunto.—Negociaciones.—Conducta de los ministros español, inglés y francés.—Débilidad de Carlos III.—Vigorosa entereza del conde de Aranda.—Novedad en la corte de Versalles.—Caida de Choiseul.—Desenlace inopinado de la cuestion de las Maluinas.—Mal comportamiento de Luis XV. con Carlos III.—Carta del emperador de Marruecos al rey de España, y guerra que ocasiona.—Sitio de Melilla.—Se restablece la paz á petición del marroquí.—Desgraciada y funesta expedicion enviada contra Argel.—Injustificable ligereza del conde de O'Reilly.—Derrota y desastres del ejército español.—Indignacion pública contra O'Reilly.—Disgusto general contra el ministro Grimaldi.—Completo abandono y aisla-